

Una historia de riesgos  
por Jim C.

Estaba leyendo hoy en mi libro de meditaciones matinales sobre los riesgos profundos que tomábamos como adictos en plena adicción. Mientras comenzaba a pensar en la lectura, se me recordó como arriesgaba todo mientras actuaba. En aquel entonces no tuve comprensión de qué pudieran ser las consecuencias verdaderas. Francamente, la mayoría de las veces, no me importaba nada. Principalmente justificaba mis acciones, o menospreciaba o negaba lo que pudiera tener lugar como resultado. Incluso cuando actuaba solo, me decía que no dañaba a nadie más, y de todos modos es la única manera que tengo de verdaderamente sentirme bueno. ¿Por qué no debiera hacerlo? El hecho fue que, en ese momento, usaba este método de “sentirme bueno” tres o cuatro veces al día.

Mi matrimonio había estado quebrantándose durante los dos años previos y estaba a punto de no poder reponerse. Mi trabajo me estresaba increíblemente y me creía un fracaso en ello. Yo tuve una hija de cuatro años que me exigía atención sin cesar, como lo pueden hacer los de cuatro años. Fui la víctima de abuso sexual y abuso profundo emocional como niño, aunque a la vez no lo reconocía ni sabía cuán profundamente había influido en mi vida. Hacía el papel de la suma víctima, y estaba increíblemente enfadado con Dios y con el mundo.

Recuerdo una noche durante el tiempo cuando mi esposa fue enfermera, y estaba trabajando un turno de tarde. Después del trabajo, cuando llevé a mi hija a casa desde su guardería, lo único en que podía pensar fue cómo iba a conseguir algún tiempo para mí para que pudiera actuar. El pensamiento me consumía. Tenía que tener algún tiempo para liberarme de la presión que sentía o iba a explotar.

Fue demasiado temprano acostar a mi hija y de todos modos no había cenado. A todo correr lancé alguna manteca de cacahuete en una rebanada y le eché un vaso de leche. En cuanto terminó, dije que era tiempo de bañarse.

Subí con ella al cuarto de baño y la metí en la bañera, la lavé, la enjuagué, le di una muñeca y unos juguetes de bañera, y pensé que, mientras jugaba, tendría yo unos pocos minutos para alejarme. Cuando alargué la mano para cerrar el grifo, dijo, “No, papá, quiero jugar a ‘cascada’ con mi muñeca.” Lo que sea, pensé. No me importó; sólo necesitaba terminar con ella para que pudiera tener algún espacio para actuar.

Bajé la escalera y me encerré en el cuarto de baño de la planta baja. Si ella se apartó de la bañera, pensé, no quería que me encontrara actuando y, más importante, no quería que me interrumpiera. Cuando terminé, llevé un chasco; no fue bastante. Todavía me sentí tenso. Sintiéndome defraudado, pensé que tal vez había tiempo para volver a actuar. Sabía que mi hija tenía una capacidad de concentración de sólo cuatro minutos, y cuando miré el reloj me di cuenta de que había transcurrido media hora. Estaba desgarrado, pero decidí que debía asegurarme que estaba bien y tal vez podría volver después.

Cuando salí del cuarto de baño y caminaba por la pasilla hacia la escalera sentí caer una gota de agua en la cara. ¿Qué pasaba? Fue imposible que lloviera; estaba en casa. Miré el techo y vi que gotas grandes caían de ello. Entonces me fijé en que el agua descendía a cántaros por las paredes. Sentí mojarse los zapatos. Bajé la mirada y la alfombra fue empapada. Ay Dios mío, pensé, mientras me lanzaba escalera arriba.

Cuando llegué a la puerta del cuarto de baño hubo por lo menos cinco centímetros de agua en el piso y caía en cascada por el borde de la bañera. La muñeca flotaba boca abajo en el curso de agua. Mi hija se sentaba con la cabeza inclinada algo hacía atrás, y el nivel del agua había alcanzado su punto máximo en lo alto de su labio superior.

Fue por la gracia de Dios que no se ahogó aquella noche.

Había dejado colocado en el grifo de la bañera la toallita que antes había usado. Se había caído y había taponado el desagüero. El desagüe que fue parcialmente obstruido había sido inundado, causando que la bañera se llenara y se derramara.

Sin embargo, aquéllos eran sólo los hechos; la causa fue mi indiferencia egoísta, mi necesidad compulsiva de desaparecer, mi locura, mi buena disposición para arriesgar todo sólo para medicarme. Fui tan ensimismado, siendo mi ser tan empujado por mi ego, que no consideré, ni entendí, ni me importaban las consecuencias profundas posibles de mis acciones: la muerte posible de mi propia hija.

Me consumían la culpa y la vergüenza. ¿Cómo podía dejar pasar algo como esto a la única persona que amaba tan hondamente, mi propia hija que fue dejada a mi cuidado? ¿Qué tipo de padre era yo? El problema fue que dentro de una semana estaba volviendo a encerrarme en el cuarto de baño para actuar, lleno de vergüenza y de odio a mí mismo.

Hoy tengo quince años de sobriedad ganados a duras penas, y me doy cuenta de que mi adicción está lleno de riesgos que no puedo ni llegar a entender. Me doy cuenta de que cuando estoy en medio de actuar, no puedo pensar. No puedo concebir ni la consecuencia más pequeña y, francamente, cuando estoy en mi adicción, ya no me importa nada; que en mi locura, arriesgo todo, mi familia, hasta mi propia alma.